FEDERACIÓN LUTERANA MUNDIAL
Programa Colombia y Venezuela

Evaluación de necesidades general para proyectos de ámbito humanitario

FEDERACIÓN LUTERANA MUNDIAL
Programa Colombia y Venezuela

Contenido

Evaluación de necesidades general para proyectos de ámbito humanitario....1
Introducción....3
Objetivos de la evaluación de necesidades....4
Principios clave (inspirados en FLM / enfoque humanitario)....4
Alcance y ámbito de la evaluación....5
Tipos de información a recoger....6
Grupos focales y enfoque diferenciado....7
Indicadores y matrices de necesidades....8
Uso de los resultados en el diseño de proyectos....8
Monitoreo continuo y ajuste....9
Conclusión y recomendaciones....10

FEDERACIÓN LUTERANA MUNDIAL
Programa Colombia y Venezuela

Introducción

La evaluación de necesidades es el punto de partida para diseñar intervenciones humanitarias relevantes, efectivas y respetuosas con la dignidad de las personas afectadas. En contextos de crisis, ya sea por conflicto, desplazamiento forzado, desastre natural o migración masiva, se evidencia una ruptura del tejido social, económico y de servicios básicos, lo que genera múltiples vulnerabilidades que requieren una respuesta rápida pero bien fundamentada. En este marco, la evaluación permite identificar qué está pasando, quién está afectado, qué necesita y qué se puede hacer en un período determinado.

Proyectos de ámbito humanitario no pueden basarse en supuestos o estimaciones amplias; requieren un análisis de necesidades específico y contextual. Un enfoque de evaluación bien estructurado permite priorizar intervenciones, optimizar recursos limitados y evitar la duplicación de esfuerzos con otros actores humanitarios. Además, este proceso ayuda a demostrar a donantes, comunidades y autoridades que las acciones están alineadas con las realidades locales y con principios humanitarios como la neutralidad, la imparcialidad y la dignidad humana.

Esta presentación se basa en lineamientos de análisis de contexto y evaluación de necesidades adoptados por organizaciones de tipo FLM y similares, que promueven un enfoque territorial, participativo e intersectorial. La idea es que la evaluación de necesidades no sea un “ejercicio de una sola vez”, sino un proceso continuo que se renueva durante la evolución de la crisis y que se integra al sistema MEAL del proyecto.

Objetivos de la evaluación de necesidades

El objetivo principal de una evaluación de necesidades en el ámbito humanitario es comprender la situación real de las personas afectadas y no limitarse a una descripción general del contexto. Esto implica caracterizar quiénes son las personas que han sufrido impactos directos o indirectos de la crisis, cuáles son sus principales carencias y riesgos, y qué capacidades y estrategias de protección ya están utilizando para sobrevivir. Con esta comprensión, se pueden definir las prioridades de intervención de forma más precisa y justificada.

Un segundo objetivo es identificar necesidades prioritarias por sector, como protección, salud, agua y saneamiento (WASH), seguridad alimentaria, medios de vida, educación, género y paz. Muchas veces, la población sufre simultáneamente carencias en varios de estos ámbitos, por lo que la evaluación debe ser intersectorial para no caer en enfoques reduccionistas. Así, se pueden diseñar paquetes de intervención integrados, que no solo respondan a síntomas, sino que aborden las causas y condiciones de vulnerabilidad.

Un tercer objetivo es orientar el diseño y ajuste de proyectos humanitarios con base en la evidencia, y no solo en la experiencia previa u opiniones aisladas. Los resultados deben servir para definir objetivos, resultados, indicadores, áreas de intervención, grupos de enfoque y limites operativos (acceso, seguridad, capacidad institucional). De esta forma, se garantiza que los proyectos sean coherentes con la realidad de las comunidades y que se puedan medir y ajustar en el tiempo.

Finalmente, la evaluación de necesidades debe contribuir a mejorar la toma de decisiones en tiempo de crisis, tanto para la organización implementadora como para las instancias de coordinación humanitaria. Al disponer de información estructurada sobre la población afectada, se puede priorizar recursos, reorientar estrategias y justificar la necesidad de intervención ante donantes, comunidad y autoridades nacionales.

Principios clave (inspirados en FLM / enfoque humanitario)

Una de las bases de una buena evaluación humanitaria es el enfoque en la evidencia y no en los supuestos. Eso significa que no se puede actuar solo con la información de unos pocos actores, sino que se debe combinar datos secundarios (informes, estadísticas, estudios) con datos primarios recogidos directamente con la población. En la FLM, se valora especialmente un enfoque territorial y contextual, que evita la homogenización de las situaciones y reconoce que cada comunidad, municipio o región puede tener dinámicas y vulnerabilidades distintas.

Otro principio clave es el enfoque en la población afectada, que implica escuchar activamente a mujeres, hombres, niños, adolescentes y personas mayores, y no solo consultar a líderes o autoridades. Esto implica metodologías participativas (grupos de discusión, entrevistas individuales, mesas de comunidad) y canales de rendición de cuentas, como buzones o espacios de retroalimentación. De esta forma, se fortalece la confianza entre la organización y la comunidad, y se garantiza que sus voces influyan en la forma en que se diseñan las actividades.

La coordinación y el enfoque intersectorial son también principios fundamentales. En contextos de emergencia y crisis prolongadas, existen muchos actores humanitarios que trabajan en los mismos territorios. Una evaluación bien diseñada se hace en articulación con clusters/sectores, coaliciones y redes nacionales, para evitar duplicidades y asegurar que la información sirva a múltiples actores, no solo a la organización que la realiza. Esto aumenta la eficiencia del sistema humanitario en su conjunto.

Por último, se debe respetar un enfoque ético y sensible al contexto, que garantice confidencialidad, seguridad de la información y respeto por la dignidad de las personas. En contextos de violencia, abuso o descrédito social, es crítico que el proceso de evaluación no exponga a la población ni reproduzca riesgos. Esto requiere protocolos de protección, consentimiento informado, enfoque de género y protección de menores, entre otros.

Alcance y ámbito de la evaluación

El alcance de la evaluación debe definirse claramente al inicio del proyecto, precisando el ámbito geográfico donde se aplicará. Puede tratarse de zonas urbanas, rurales, zonas fronterizas, campamentos de desplazados o refugiados, o barrios de alta vulnerabilidad. En cada caso, se debe considerar la accesibilidad, la seguridad para el personal y la representatividad de la muestra, para que los resultados realmente reflejen la situación de las comunidades.

También se debe delimitar el ámbito poblacional. En proyectos humanitarios, se suele distinguir entre grupos específicos: desplazados internos, refugiados, migrantes, poblaciones de acogida, personas en situación de pobreza, población rural, mujeres y niñas, personas con discapacidad, entre otros. La evaluación debe reconocer que no todas las poblaciones padecen los mismos riesgos ni con la misma intensidad y, por tanto, pueden requerir enfoques y tipos de intervención distintos.

El ámbito sectorial implica decidir qué sectores se analizarán en la evaluación (por ejemplo: protección, salud, WASH, alimentación, educación, medios de vida, género, niñez, protección de la infancia, etc.). En contextos humanitarios complejos, es recomendable un enfoque intersectorial: se identifican las necesidades en cada área, pero se analizan las relaciones entre ellas, para diseñar respuestas integradas. Por ejemplo, la falta de acceso a agua puede aumentar el riesgo de violencia sexual en mujeres y niñas, así que no se trata solo de un problema de WASH, sino también de protección.

Además, se debe aclarar el alcance temporal: si la evaluación es rápida (para decisiones inmediatas), de mediana duración (para ajustar un proyecto existente) o profunda (para diseñar un programa a varios años). En cada caso, el diseño metodológico, el tamaño de muestra y el nivel de detalle de los resultados deben ajustarse a estos límites. Esto evita que la evaluación se vuelva tan extensa y lenta que pierda relevancia en el contexto de una crisis.

Tipos de información a recoger

En proyectos humanitarios, la evaluación combina habitualmente información secundaria (ya existente) con información primaria (recogida de forma directa con la población). La información secundaria incluye informes de gobierno, datos censales, bases de datos de OCHA,

ONU, ACNUR, ETC., estudios previos, registros de organizaciones locales y redes de organismos internacionales. Esta información permite tener una visión de contexto, tendencias y patrones generales antes de diseñar instrumentos específicos para campo.

La información primaria se obtiene mediante encuestas, entrevistas, observaciones participantes y grupos de discusión, entre otras técnicas. En contextos de crisis, se suele priorizar metodologías rápidas pero representativas, que permitan obtener una visión general sin consumir demasiado tiempo ni recursos. La clave es que estas técnicas se adapten a la cultura local, el nivel de instrucción de la población y las condiciones de seguridad, para evitar sesgos y riesgos.

Un aspecto relevante en el ámbito humanitario es la recopilación de datos de protección y seguridad. Esto implica preguntas sensibles sobre violencia, abuso, intimidación, riesgos de separación de familia, trata o explotación, entre otros. Estas preguntas requieren protocolos especiales, entrevistadores/as capacitados, privacidad y acompañamiento de referencias de protección, para que no se re victimice a las personas ni se ponga en riesgo su integridad.

Por último, se debe recoger información sobre capacidades y resiliencias de la comunidad, no solo sobre sus carencias. Esto incluye redes sociales, líderes comunitarios, organizaciones locales, comités de salud, de educación o de protección, prácticas culturales de apoyo mutuo, entre otras. Al reconocer fortalezas existentes, la evaluación deja de ser solo una lista de problemas y se convierte en un insumo para el diseño de proyectos que se articulen con lo que la comunidad ya está haciendo.

Metodología propuesta

La metodología de la evaluación puede estructurarse en tres fases principales: análisis de contexto y revisión de secundarios, evaluación de necesidades rápida o intersectorial, y análisis participativo con profundización.

En la primera fase, se revisan informes, mapas, datos censales, datos de salud pública, de seguridad y de acceso a servicios, y se elaboran mapas de actores, zonas de riesgo y zonas de mayor necesidad. Esto ayuda a definir dónde y a quién se va a evaluar en la segunda fase.

La segunda fase suele ser una evaluación de necesidades rápida o intersectorial, inspirada en metodologías como MIRA o NARE, que se aplican en contextos de emergencia. Se diseñan herramientas estandarizadas (cuestionarios o formularios, check-lists, perfiles de comunidad) que se aplican por equipos multiprofesionales, organizados por sectores (protección, salud, WASH, etc.). Esto permite comparar necesidades entre sectores y zonas, y detectar brechas críticas. La información se sistematiza rápiamente para que sirva a la toma de decisiones en plazos cortos.

La tercera fase se enfoca en el análisis participativo: se convocan mesas con líderes, comités comunitarios, mujeres, jóvenes, autoridades locales, organizaciones de la sociedad civil, para que revisen los resultados preliminares y los prioricen. Esto es clave para la legitimidad de la evaluación y para la rendición de cuentas, ya que se demuestra que la población tiene un papel activo en la definición de “qué es prioritario” y no solo se limita a ser un objeto de datos. Este diálogo permite ajustar la interpretación de los datos y detectar matices que no aparecen en las encuestas.

En todos los casos, se debe asegurar que la metodología respete principios éticos, incluyendo consentimiento informado, confidencialidad, protección de datos personales y manejo cuidadoso de información sensible. Se debe contar con manuales de procedimientos, formación previa al equipo de campo y supervisión continua para garantizar la calidad de la información recogida y la coherencia con los estándares de las organizaciones humanitarias y, en particular, con los lineamientos de enfoque intersectorial y participación comunitaria propios de FLM y otros organismos similares.

Grupos focales y enfoque diferenciado

En proyectos humanitarios es indispensable un enfoque diferenciado, que reconozca que las necesidades y riesgos no son iguales para todas las personas. Por ejemplo, las mujeres y niñas suelen enfrentar mayores riesgos de violencia sexual, tráfico, explotación laboral y barreras de acceso a servicios, mientras que los hombres y adolescentes pueden estar expuestos a reclutamiento, detención o trabajo forzado. Las personas mayores, las personas con discapacidad y las comunidades indígenas o afrodescendientes también suelen vivir formas específicas de vulnerabilidad.

Por ello, la evaluación debe incluir grupos focales específicos para diferentes grupos: mujeres, niñas, niños, adolescentes, personas mayores, personas con discapacidad, personas LGBTIQ+, líderes comunitarios, autoridades locales, profesionales de salud, maestros, entre otros. Cada grupo ofrece una mirada distinta sobre la crisis y sus consecuencias, y al incluirlos en la evaluación, se logra una visión más completa y equitativa. Además, se evita que determinados grupos queden invisibilizados en los informes y en la planificación de proyectos.

Un enfoque de protección y género debe cruzar toda la evaluación. Esto implica incorporar preguntas sobre violencia, discriminación, acceso a servicios, participación en la toma de decisiones, control de recursos económicos, entre otros. También implica que las entrevistadoras e investigadoras tengan formación en protección, enfoque de género y sensibilidad cultural, para que puedan manejar temas delicados con respeto, discreción y profesionalismo. Los resultados deben permitir identificar grupos especialmente vulnerables y diseñar acciones específicas para ellos.

Al final, el enfoque diferenciado permite que los proyectos sean más justos e inclusivos, evitando que la ayuda se concentre en personas más visibles o más fáciles de acceder, y dejando de lado a quienes son más difíciles de alcanzar pero igualmente afectados. Esto es especialmente relevante en contextos donde la FLM y otras organizaciones trabajan con poblaciones de migrantes, refugiados y desplazados, donde las diferencias culturales, de idioma y de estatus legal pueden acentuar las desigualdades.

Indicadores y matrices de necesidades

Una vez recogida la información, se procede a traducirla en indicadores que puedan guiar el diseño y monitoreo de los proyectos. Por ejemplo: porcentaje de hogares sin acceso a agua potable, porcentaje de mujeres que han sufrido violencia en los últimos 12 meses, número de personas sin identificación civil, porcentaje de niños y niñas fuera de la escuela, entre otros. Estos indicadores deben ser claros, medibles, relevantes y contextualizados.

Con base en estos indicadores, se construye una matriz de necesidades por sector, que organiza la información en una tabla fácil de interpretar. En la matriz se pueden incluir columnas como: “necesidad principal”,

“grupos afectados”, “grado de gravedad”, “urgencia percibida por la comunidad”, “capacidad de respuesta local”, “capacidad de respuesta de la organización” y “recomendación de intervención”. Esta matriz permite priorizar qué necesidades deben atenderse primero y con qué tipo de intervenciones (inmediatas, mediano y largo plazo).

La matriz de necesidades también sirve como instrumento de coordinación, porque se puede compartir con otros actores humanitarios para que complementen las respuestas o eviten duplicar intervenciones. Por ejemplo, si el principal riesgo es la inseguridad alimentaria, pero la alimentación ya está cubierta por otro socio, la organización puede concentrarse en acceso a agua, protección o medios de vida, según lo que muestre la matriz. De esta forma, se favorece un sistema de respuesta más eficiente y cohesionado.

Finalmente, los indicadores y la matriz deben revisarse periódicamente, porque la situación de necesidades cambia con el tiempo: se pueden abrir nuevas brechas, reducirse otras, aparecer nuevas crisis o mejorar las capacidades locales. Al integrar esta matriz en el sistema PMER/MEAL del proyecto, se convierte en una herramienta viva que guía tanto el diseño inicial como los ajustes posteriores, en línea con la lógica de aprendizaje continuo propia de los procesos humanitarios.

Uso de los resultados en el diseño de proyectos

Los resultados de la evaluación de necesidades deben ser el insumo central para el diseño de proyectos humanitarios, no un documento adicional sin impacto. A partir de la matriz de necesidades y del análisis sectorial, se definen los objetivos generales y específicos del proyecto, asegurando que cada resultado esté claramente ligado a una necesidad identificada y prioritaria. Esto evita que el proyecto se base en “buenas ideas” genéricas y fortalece la justificación de la intervención frente a donantes, comunidad y autoridades.

En el diseño, se deben traducir las necesidades en actividades concretas, con alcance definido (geográfico, temporal y poblacional). Por ejemplo, si la evaluación muestra que muchas mujeres y niñas transitan largas distancias para recolectar agua y sufren riesgos de violencia de género, una posible actividad es la instalación de puntos de agua seguros y cercanos, acompañada de campañas de sensibilización y acompañamiento de seguridad. Cada actividad debe estar directamente

vinculada a un indicador de necesidad, para que su impacto pueda ser medido de forma clara.

Otro uso clave de los resultados es la selección de sectores e intervenciones prioritarias. No todas las necesidades pueden ser abordadas de inmediato, por lo que se deben priorizar aquellas que representan el mayor riesgo para la vida, la dignidad y la seguridad de la población. En este punto, se definen qué sectores estarán incluidos en el proyecto inicial (por ejemplo: protección, WASH, asistencia legal, sensibilización y AAP), y cuáles podrían abordarse en fases posteriores o en articulación con otros actores. Esto también permite articular mejor la propuesta con los enfoques de protección y género.

Además, la evaluación ayuda a identificar riesgos y límites operativos, que deben incorporarse al diseño. Por ejemplo, en algunos territorios puede haber alta inseguridad, barreras de acceso impuestas por actores armados, o falta de capacidad institucional local. Estos hallazgos permiten incorporar medidas de mitigación en el proyecto (por ejemplo, módulos de seguridad para el equipo, protocolos de protección, acuerdos de acceso con actores locales, estrategias de coordinación con_clusters). De esta forma, la evaluación no solo señala “qué hacer”, sino también “cómo hacerlo” de manera segura y sostenible.

Monitoreo continuo y ajuste

La evaluación de necesidades no debe entenderse como una acción finalizada con la entrega de un informe; por el contrario, debe integrarse en el sistema PMER/MEAL. El monitoreo continuo permite verificar, de forma periódica, si las necesidades identificadas en la evaluación siguen siendo las mismas o si han cambiado debido a la evolución de la crisis. Esto exige revisar indicadores, frecuencias de recolección de datos y mecanismos de retroalimentación con la comunidad.

El monitoreo revela cambios de contexto, como nuevas olas de desplazamiento, desastres naturales, brotes epidémicos o cambios en la política migratoria, que pueden alterar el perfil de vulnerabilidad de la población. En estos casos, es indispensable realizar ajustes rápidos en el diseño del proyecto: redistribuir recursos, modificar actividades, ampliar cobertura o incluso cambiar zonas de intervención. Una herramienta MEAL bien estructurada facilita la toma de decisiones en tiempo real, contribuyendo a mantener la relevancia y el impacto de la intervención.

Otro componente del monitoreo continuo es el seguimiento de la calidad de la respuesta humanitaria. Más allá de cuántas personas han sido atendidas, se debe evaluar cómo se les atiende: si el servicio es oportuno, digno, seguro y accesible para todos, especialmente para grupos vulnerables. Aquí entran en juego mecanismos de AAP (buzones, reuniones comunitarias, encuestas de satisfacción), que permiten que la población exprese directamente sus opiniones y quejas. Esto fortalece la confianza en la organización y mejora la calidad de la respuesta.

Finalmente, el monitoreo permite generar aprendizaje organizacional. Los datos recogidos durante el proyecto, comparados con los resultados de la evaluación inicial, muestran qué funcionó, qué no y por qué. Ese aprendizaje debe sistematizarse y compartirse internamente y con los partners, para mejorar futuras evaluaciones y diseños de proyectos. En organizaciones de tipo FLM y similares, este enfoque de aprendizaje continuo se valora como clave para fortalecer la coherencia, la calidad y la ética del trabajo humanitario.

Conclusión y recomendaciones

La evaluación de necesidades es un paso obligado y estratégico para cualquier proyecto de ámbito humanitario. Sin una evaluación bien realizada, la intervención puede malinterpretar la realidad local, desperdiciar recursos y, en el peor de los casos, reproducir desigualdades o poner en riesgo a la población. Una buena evaluación permite que la respuesta sea proporcionada, justa, segura y efectiva, y que se justifique claramente ante la comunidad, los donantes y las autoridades.

Es clave que la voz de la población afectada esté presente en todo el proceso, desde la planificación de la evaluación hasta la rendición de cuentas de los resultados. Esto implica mecanismos y espacios que permitan a mujeres, hombres, niños, adolescentes y personas mayores participar en la definición de agendas, prioridades y estructuras de los proyectos. Cuando la comunidad se reconoce como protagonista del proceso, se fortalece el sentido de propietario y la sostenibilidad de las intervenciones más allá de la ayuda temporal.

Otra recomendación central es integrar la evaluación de necesidades en el ciclo de gestión del proyecto (diseño, implementación, monitoreo, ajuste, cierre y evaluación final). No debe tratarse de un ejercicio

aislado, sino de una herramienta viva que se actualiza y se consulta de forma periódica. Esto requiere capacidad técnica en las organizaciones, acompañamiento metodológico y recursos suficientes para garantizar la calidad de la información y el rigor de los análisis.

Por último, se recomienda estandarizar y documentar buenas prácticas en el uso de la evaluación de necesidades, para que puedan replicarse en diferentes contextos y proyectos. Esto implica desarrollar guías metodológicas, formatos de campos, matrices de necesidades y protocolos de protección y ética, que se adapten a cada realidad local pero que mantengan coherencia con los principios humanitarios y con los lineamientos de redes como FLM. De esta forma, cada nuevo proyecto no parte de cero, sino que se apoya en el conocimiento acumulado y en la experiencia compartida entre organizaciones y comunidades.